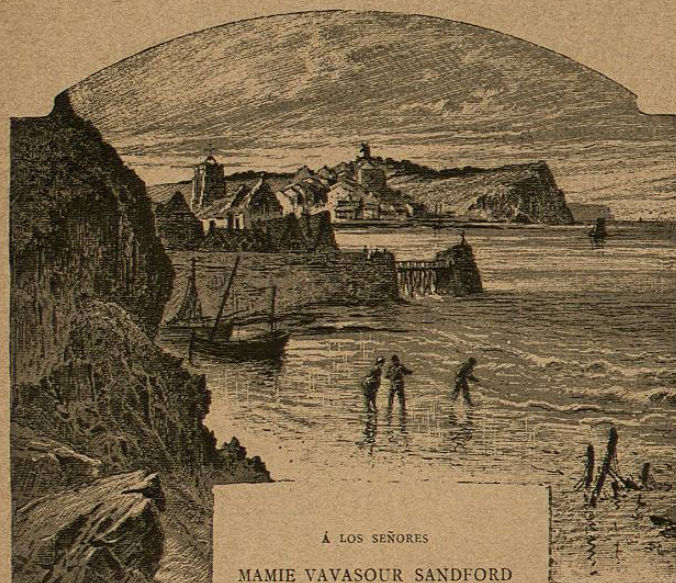



water, pobladas de olmos gigantescos, ilumina de un modo maravilloso, no solo las sosegadas aguas del Yaf, las encrespadas ondas del mar de Solent y la antigua Vectis, sino todas las islas británicas, y cuyos fúlgidos destellos llegan hasta los más remotos países de la tierra, no se extinga todavía durante mucho tiempo! ¡Qué el noble anciano en cuya augusta frente se entrelazan los cabellos de plata, bello pero perecedero adorno de la senectud, con las verdes hojas de inmarcesible corona, viva todavía luengos años para contento de los que le aman y para bien de las letras y delicia de la humanidad!

VICENTE DE ARANA.





A LOS SEÑORES
MAMIE VAVASOUR SANDFORD

EIS esa elevada costa erizada de peñascos, que parece desafiar al mar y burlarse de su furia? No creáis que siempre ha resistido victoriosamente al incesante embate de las olas. Hay un punto en que los peñascos han sido rotos y arrancados del lugar que ocuparon, dejando una abertura cubierta de espuma y de amarillenta arena. Más allá véñese algunas casas de tejados rojos, agrupadas al lado de un pequeño muelle; más lejos se divisan las ruinas de una iglesia, y más arriba una larga calle sube á un molino de elevada torre. Detrás del molino descúbrese una meseta

en la que se vén algunas tumbas danesas (1), y un bosque de avellanos, frecuentado en otoño por gentes que van á recoger el sabroso fruto, florece en una hondonada que se halla en el centro de la meseta, hondonada semejante á un tarro de flores.

* * *

Hace cien años que en esta playa acostumbraban á jugar tres niños; Anita Lee, la mas linda jovencita del puerto; Felipe Ray, único hijo del molinero, y Enoch Arden, hijo de un rudo marino que pereció en un naufragio, dejándole en la orfandad. Allí jugaban entre tablas, cabos adujados, ennegrecidas redes de pescar, áncoras de mohosa lengüeta, y botes destrozados que el mar arrojaba á la orilla. Construían castillos de movediza arena, y divertíanse viéndolos inundarse; ó siguiendo á las olas y huyendo de ellas, dejaban sobre la playa la pequeña huella de sus piés, que el agua se encargaba de borrar diariamente.

* * *

Debajo de los peñascos había un antro angosto, donde los niños jugaban á casitas; Enoch era el amo un día y Felipe el siguiente: Anita era siempre la señora: Pero á veces Enoch se posesionaba de la casa por toda una se-

(1) Reliquia de las irrupciones de los dinamarqueses en la Gran Bretaña.

mana, diciendo: «— Esta es mi casa y esta es mi mujercita.» «— Mía también», decía Felipe, «cada uno su turno.» Si de ahí venían á reñir, Enoch, como más fuerte, quedaba dueño de la casita; entonces Felipe, lleno de impotente cólera y con sus azules ojos inundados de lágrimas, gritaba: «— Enoch, te aborrezco»; y á esto la mujercita lloraba, y les pedía que no riñesen por su causa, pues sería mujercita de los dos.

* * *

Pero cuando pasaron los albores de la rosada infancia, y Felipe y Enoch sintieron el calor del ascendente sol de la vida, ambos fijaron el corazón en aquella joven. Enoch declaró su amor, pero Felipe amaba en silencio; y aunque la joven era más bondadosa con Felipe, amaba á Enoch inconscientemente, y lo habría negado si se lo hubiesen preguntado. Resolvió Enoch acumular todos los ahorros posibles, para comprar un barco de pescar y hacer una casa para Anita; y prosperó de tal suerte, que bien pronto fué difícil encontrar, por muchas leguas á lo largo de aquella costa, un pescador más afortunado, más atrevido, y más avisado y diligente en los momentos de peligro. También sirvió un año á bordo de un buque mercante, haciéndose de ese modo un completo marinero; nadador temerario, tres veces se había arrojado al mar para salvar la vida de un compañero ó la de un extraño, consiguiendo siempre arrancar su presa á las enfurecidas olas y á las impetuosas corrientes, de modo que

todos le miraban con cariño. Mayo, el risueño mes de las flores, no había pasado veintiun veces sobre su cabeza, y él ya había comprado un barco de pescar, ya había hecho una casa para Anita, una casita limpia y bonita, semejante á un nido, á medio camino en la larga y empinada calle que sube hacia el molino.

*
* * *

Una brillante tarde de verano hicieron día de jolgorio los muchachos y muchachas del pueblo, y provistos de sacos y canastas de todas formas y tamaños, fueron al bosque á recoger el delicioso fruto de los avellanos. Felipe se retardó como una hora, pues su padre se hallaba enfermo y le necesitaba; pero cuando hubo trepado á lo alto de la colina, y justamente en el sitio en que el terreno empieza á deprimirse y á hacerse más frondoso á medida que desciende á la hondonada, divisó á la joven pareja, Enoch y Anita, sentados al lado uno de otro y asidos de las manos: los grandes ojos pardos de Enoch y su curtido rostro parecían enteramente inflamados por un tranquilo y sagrado fuego. Felipe miró, y en sus ojos y semblantes leyó su sentencia; luego, como sus rostros se juntasen, lanzó un gemido y se alejó arrastrándose hasta lo más profundo del bosque; allí, mientras los demás se divertían ruidosamente, tuvo él, oculto á las miradas, su hora de tristeza, de suprema amargura; luego levantóse y se fué, llevando en su corazón un deseo que debía durar toda su vida.



Al fin Enoch y Anita se casaron, y las campanas de la parroquia anunciaron la boda alegremente: alegremente pasaron los años, siete años felices, siete años de salud y bienestar, mútuo amor y trabajo honrado. Dios bendijo su unión dándoles hijos: nació primeramente una niña, á quien Enoch llamó Anita como á su madre. Los primeros lloros de la niña despertaron en el rudo pescador el noble deseo de ahorrar la mayor parte posible de sus ganancias, á fin de dar á su hija una educación mejor que la que él y su esposa recibieran; noble deseo que se renovó cuando, dos años después, vino un muchacho á

ser el rosado ídolo de la soledad de Anita, mientras Enoch se hallaba batallando con la irritada mar ó en una de sus frecuentes excursiones tierra adentro; porque en verdad, el moreno y curtido rostro de Enoch, enrojecido por los vientos del invierno, su blanco caballo y su cesta de mimbres que contenía los despojos arrancados al Océano, no solamente eran conocidos á la cruz del mercado, sino también en los frondosos caminos que se extienden detrás de la meseta hasta la solitaria mansión señorial, cuya comida del viernes proveía Enoch.

*
* *

Pero como todas las cosas humanas cambian, también en la existencia de Enoch se operó un cambio. Diez millas al norte del pequeño puerto hallábase otro mucho más vasto, donde Enoch iba frecuentemente, ya por tierra, ya por mar. Una vez que se encontraba allí, como tuviese que subir á un palo en el puerto, se le fueron los piés y cayó, lastimándose gravemente. Mientras que estuvo ausente de su hogar, restableciéndose de su caída, su mujer le dió otro hijo, un niño débil y enfermizo: además, como su restablecimiento fué algo lento, otra mano se atravesó en su pequeño comercio, arrebatándole su pan y el de los suyos; así es que, aunque era hombre grave y timorato y de ánimo sosegado, fué presa de la duda y la melancolía. Parecía ver, como en una horrible pesadilla, á sus hijos viviendo en la miseria y en la estrechez, y á aquella, á quien amaba, mendigando:

entonces rogaba á Dios de este modo: «— ¡ Oh! ¡ sálvense ellos de tanta amargura, sea cual fuere la suerte que me está reservada! » Hallábase orando de este modo, cuando el dueño del buque en que Enoch había navegado, teniendo noticia de su infortunio, vino á verle, pues conocía á nuestro hombre y sabía apreciarlo. Díjole que su buque estaba destinado para la China, y que aún no tenía contra maestre. Todavía pasarían muchas semanas antes de que se hiciese á la vela. ¿ Quería Enoch aceptar el puesto vacante? Enoch aceptó sin vacilar, regocijándose al ver que su oración había sido escuchada.

*
* *

Ya su desgracia no aparecía á sus ojos más grave que la nubecilla que cubre durante algunos instantes el radiante rostro del sol; sin embargo, preocupábale la idea de dejar á su esposa y á sus hijos. Tendido en su lecho, Enoch reflexionó largamente, y decidió lo que había de hacer. Era preciso vender su barquito de pescar, y eso que le tenía mucho cariño, porque ¡ cuántos terribles temporales había arrostrado en él! — le conocía como un jinete conoce á su caballo. Pero, á pesar de todo, era preciso venderlo, á fin de comprar, con el producto de su venta, provisiones y abastos para poner á su mujer una tiendecita, bien provista de todo lo que necesitan los marinos, para que pudiese atender á las necesidades de la casa durante su ausencia. ¿ No comerciaría él por su cuenta en la China? ¿ No era probable que hiciese aquel viaje más de

una vez? Acaso iría dos ó tres veces; tantas como fuese necesario. Al fin volvería con una suma considerable, y se haría dueño de un barco mejor y de mejores aperos de pescar; por cuyo medio obtendría mayores ganancias, su vida sería más desahogada, podría educar á todos sus lindos niños, y pasaría sus días en paz rodeado de los suyos.

*
* *



Todo lo arregló Enoch en su mente; todo, hasta el menor detalle, y ya restablecido, apresuróse á volver al lado de Anita. Encontróla pálida, y ocupada en dar de mamar al niño enfermizo que naciera durante su ausencia. Así que ella le vió, levantóse como empujada por un resorte, corrió hacia él lanzando un grito de gozo, y puso la débil criatura en sus brazos. Tomóla Enoch, palpó todos sus miembros, evaluó su peso, y la hizo mil paternales halagos; más no tuvo valor de descubrir sus proyectos á Anita hasta el día siguiente, que fué cuando se los comunicó.

*
* *

Entonces, por la primera vez desde que el anillo nupcial que Enoch la diera hubo ceñido su dedo, Anita se

opuso á la voluntad de su marido; más no con vocinglería oposición, sino con muchas súplicas, muchas ardientes lágrimas y tristes besos. Como estaba segura de que tan solo desgracias vendrían de ello, le rogó que no se fuese, si es que la amaba y amaba á sus hijos, y le preocupaba su bienestar. Pero él no se inquietaba por las fatigas y peligros de un viaje tan largo, porque estaba dispuesto á sobrellevar con paciencia toda clase de trabajos, siempre que redundasen en beneficio de su mujer y de sus hijos; así es que, aunque vivamente afligido al ver el dolor de Anita, se mantuvo firme en su resolución.

*
* *

Separóse, pues, Enoch para siempre de su barquito, su antiguo amigo del mar; compró á Anita toda clase de abastos para buques, y púsose á trabajar para arreglar el saloncito que daba á la calle, y hacer en él alacenas, bazares y armarios para colocar los artículos comprados. Ya no descansó hasta dejarlo todo terminado: el ruido del martillo, del hacha, de la barrena y de la sierra no cesaba durante todo el día, y á la pobre Anita le parecía que oía levantar su propio cadalso. Llegó la víspera del día de la partida de Enoch, y su prodigiosa actividad pareció redoblar; así es que para la noche todo estaba terminado (verdad es que el espacio era muy reducido): su cuidadosa y hábil mano lo había pulido y ajustado todo, casi tan bien como la naturaleza envuelve á la flor en el lindo capullo. Hasta entonces no le dejara descansar su febril

impaciencia por terminar la obra que dedicaba á Anita ; entonces , viéndola terminada , detúvose fatigado , acostóse , y durmió profundamente hasta la mañana.

* * *

Enoch arrostró con intrepidez aquella triste mañana de despedida. Hubiérase reído de los temores de Anita, sino porque la veía tan afligida ; sin embargo , Enoch , como hombre valiente , pero temeroso de Dios, humillóse ante Aquél que no desdeñó hacerse hombre por salvarnos , y le rogó que bendijese á su mujer y á sus hijos , aunque á él le aconteciera cualquier desgracia , y dijo : « — Anita : este viaje será , con la ayuda de Dios , origen de prosperidad para todos nosotros. Haz que en el hogar arda para mí constantemente un brillante fuego , porque he de volver cuando menos lo pienses , amor mío ! » Luégo meciendo suavemente la cuna en que dormía el niño , añadió : « — Dios bendiga también á este lindo , débil pequeñuelo , á quien quiero aun más á causa de su debilidad y poca salud : cuando vuelva , le sentaré sobre mis rodillas , y le contaré cuentos de países extraños que le diviertan. — Vamos , Anita , vamos ; cobra ánimo antes de que me vaya. »

* * *

Ella, oyendo sus palabras llenas de esperanza, casi empezaba también á albergar la esperanza en su sencillo corazón ; pero cuando Enoch volvió la corriente de sus

ideas á cosas más graves , y empezó á sermonear , en el rudo lenguaje de los marinos, sobre la Providencia divina y la confianza en el cielo , Anita oíale y no le oía , semejante á la joven campesina que coloca su cántaro debajo del cristalino manantial , y pensando en el que acostumbraba llenárselo en días más felices , oye y no oye el ruido del agua , y no se apercibe de que el cántaro se ha llenado y el agua está rebosando.

* * *

Al fin exclamó : — « ¡ Oh , Enoch ! tú sabes mucho , y sin embargo , á pesar de todo tu saber , el corazón me dice que jamás contemplaré ya tu rostro. »

* * *

— « En ese caso , Anita , yo contemplaré el tuyo », repuso Enoch. « Ya sabes que día debe pasar á la vista de este puerto el buque en que voy ; pues bien , busca un anteojo marino , columbra mi rostro , y riete de todos tus temores. »

* * *

Pero cuando llegó el terrible momento de la separación, Enoch le dijo : — « Anita , amor mío , ánimo , consuélate , cuida bien á los niños , y mantenlo todo bien orientado hasta mi regreso , pues ya no puedo detenerme aquí ni un momento. No temas por mí , ó si es que temes , pon toda tu esperanza en Dios : esa ancla nunca puede